

OPCIONES

John Varley

Cleo odiaba el desayuno.

Su nivel de energía estaba en lo más bajo por la mañana, pero no así el de los niños. Siempre había alguna crisis escolar, algo que tenía que ser localizado en el último minuto, alguna discusión que debía ser resuelta.

Esta mañana era un bol de cereal derramado en el regazo de Lilli. Cleo no había visto cómo había pasado todo; su atención había sido momentáneamente desviada por Feather, la pequeña.

Y por supuesto había ocurrido después de que Lilli se hubiera vestido.

—Mamá, éste era el último que tenía.

—Bueno, si no los usaras de esta forma te podrían durar más de tres días, y si no... —Se detuvo antes de perder el control—. Simplemente quitatelo y ve tal como eres.

—Pero mamá, nadie va desnudo a la escuela. Nadie. Dame un poco de dinero y me pararé en la tienda de...

Cleo alzó la voz, algo que intentaba no hacer nunca.

—Hija, sé que hay chicos en tu clase cuyos padres no pueden permitirse el comprarles ropa de ningún tipo.

—De acuerdo, y así los pobres tienen...

—Ya basta. Vas a hacer tarde. Vete.

Lili salió de la habitación pisando fuerte. Cleo oyó el golpe de la puerta al cerrarse.

A todo eso Jules era una isla de calma al otro extremo de la mesa, con la nariz metida en la pantalla del periódico, bebiendo su segunda taza de café. Cleo miró sus propios huevos con tocino que se enfriaban en el plato, se sirvió una primera taza de café, luego tuvo que subir para ayudar a Paul a encontrar su otro zapato.

Por aquel entonces Feather estaba mojada de nuevo, de modo que la puso encima de la mesa y le quitó los empapados pañales.

—Hey, escucha esto —dijo Jules—. El Concejo de la Ciudad pasó hoy sin ninguna objeción una ordenanza requiriendo...

—Jules, ¿no vas a llegar tarde?

Él miró su pulgar.

—Tienes razón. Gracias. —Terminó su café, cerró el periódico y se lo metió bajo el brazo, se inclinó para darle un beso, luego frunció el ceño.

—Realmente tendrías que comer un poco más, cariño —dijo, señalando los huevos sin tocar—. Comer por dos, ya sabes. Adiós.

—Adiós —dijo Cleo, con los dientes apretados—. Y si oigo de nuevo eso de «comer por dos», voy a... —Pero él ya se había ido.

Tuvo tiempo de abrasarse los labios con el café, luego salió apresuradamente, corriendo para alcanzar el tren.

Había asientos en el vagón solarium, pero por supuesto Feather iba con ella y los rayos ultravioletas no eran buenos para su tierna piel. Tras una añorante mirada a los pasajeros reclinados con los antifaces oscuros cubriendo sus ojos —y una triste ojeada a su propia piel pálida—, Cleo abordó el siguiente vagón y encontró un sitio junto a un hombre voluminoso con un yelmo de soldador entre las manos. Se acomodó en el asiento acolchado, ajustó las correas

del arnés delante de ella y dejó que Feather agarrara un pezón. Abrió su periódico y lo colocó sobre su regazo.

—Es listo —dijo el hombre—. ¿Cuánto tiempo tiene?

—Lista —dijo Cleo, sin alzar la vista—. Once días. —Y cinco horas y treinta y seis minutos...

Se giró en su asiento, volviendo significativamente un hombro hacia el hombre, e hizo todo un espectáculo de la operación de activar su periódico y examinar el contenido del día. No alzó la vista cuando el tren abandonó el túnel subterráneo y emergió a la suavemente ondulada llanura sin aire de Mende-leev. Había poco ahí fuera que le interesara, teniendo en cuenta que hacía el viaje de cuarenta minutos hasta el Cráter Hartman dos veces al día. Había hablado con Jules de mudarse a Hartman, pero a él le gustaba vivir en King City cerca de su trabajo, y por supuesto los chicos hubieran echado en falta a sus amigos del colegio.

No había mucho en el banco de noticias aquella mañana. Cuando la luz roja destelló, pidió una puesta al día. El periódico imprimió algunos asuntos de rutina de la ciudad. Cuando llevaba tres frases de la historia pulsó el botón de rechazo.

Había un desfile del Centenario de la Invasión previsto para las 19:00 de aquella tarde. Los desfiles la aburrían, y también el Centenario. Si has oído un discurso acerca de cómo la liberación de la Tierra está a la vuelta de la esquina si nos unimos todos, entonces los has oído todos. Contenido semántico cero, cociente de tonterías altísimo.

Miró con más deseos que esperanzas los deportes, observando que el equipo de saltapelota del Sector J estaba haciendo un pobre papel sin ella en el campeonato interciudades. La pequeña estatura de Cleo y sus poderosas piernas le habían servido de mucho como alero principiante en sus días de jugadora, pero ahora simplemente parecía imposible poder seguir practicando.

Como último recurso acudió a los artículos, resúmenes y listados de análisis, el Suplemento dominical del periódico y el apartado de pasatiempos. Un título llamó su atención, y lo tecleó.

Cambios: La revolución en los roles sexuales (O, ¿Quién está arriba?)

Hace veinte años, cuando los cambios sexuales fáciles y baratos se pusieron por primera vez al alcance del público en general, fueron vistos como el inicio de una revolución que cambiaría la configuración de la sociedad humana en formas imposibles de prever. La igualdad sexual es una cosa, señalaron los sociólogos, pero algunas desigualdades residuales —basadas en imperativos biológicos o educativos, dependiendo de nuestra política— han demostrado ser imposibles de erradicar. El cambio iba a terminar con todo aquello. Hombres y mujeres serían capaces de ver cómo eran las cosas desde el otro lado de la barrera que divide a la humanidad. ¿Cómo podrían sobrevivir los roles sexuales a eso?

Diez años más tarde la respuesta es obvia. El cambio atrajo solamente a una pequeña minoría. Pronto fue visto como una aberración inofensiva, practicada tan sólo por un uno por ciento de la población. Al cabo de poco todo el mundo olvidó lo de derribar las barreras.

Pero en los diez años que han transcurrido se ha estado edificando una revolución más soterrada. Casi desapercibido a gran escala debido a que se trata de un fenómeno invisible (¿cómo saber que la próxima mujer a la que vas a conocer no era un hombre la semana pasada?), el cambio ha estado consiguiendo una creciente y sólida aceptación entre los hijos de la generación que lo rechazó. Las posibilidades son ahora de más de una sobre diez de que usted conozca a alguien que se ha sometido al menos a un cambio sexual. Las posibilidades son de más de una sobre quince de que usted mismo haya cambiado; si tiene usted menos de veinte años, las posibilidades son de una sobre tres.

El artículo seguía describiendo la sociedad underground que se estaba desarrollando en torno al cambio. Los cambiados tendían a agruparse entre ellos, frecuentando sus propios locales, asistiendo a sus propios acontecimientos sociales, permaneciendo apartados de la sociedad en general, que muchos de ellos veían como pasada de moda e irrelevante. Los cambiados tendían a casarse entre ellos. Dividían equitativamente los embarazos, y cada uno prefería generalmente dar a luz a un solo hijo. El autor contemplaba aquella tendencia con alarma, puesto que iba en contra de la costumbre socialmente aprobada de las familias numerosas. Los cambiados informaban que el tiempo para todo aquello había pasado, señalando que la Luna había sido domada hacía mucho tiempo. Citaban estadísticas que demostraban que, al índice actual de expansión, la población de la Luna alcanzaría los miles de millones en un tiempo sorprendentemente corto.

Había entrevistas con cambiados, y perfiles psicológicos. Cleo leyó que los hombres habían sido originalmente los principales usuarios de la nueva tecnología, afirmando razones sexuales para su decisión, y el cambio había sido a menudo permanente. Hoy en día, el cambiado era más ligeramente probable que hubiera nacido mujer, y aducía razones sociales, la más común de las cuales era la presión de dar al mundo hijos. Pero el moderno cambiado no se comprometía, ni él ni ella, a ninguno de los dos papeles de forma definitiva. El tiempo medio entre los cambios en un individuo era de dos años, e iba acortándose.

Cleo leyó todo el artículo, luego pensó en acudir a algunas de las referencias de lectura que había al final. No era que mucho de aquello resultara nuevo para ella. Había sido consciente del cambio, sin pensar demasiado en él. La idea nunca la había atraído, y Jules estaba decididamente en contra. Pero por alguna razón, aquella mañana, hizo sonar un acorde dentro de ella.

Feather se había dormido. Cleo metió cuidadosamente la sabanita por los lados del rostro de la niña, luego secó la leche de su pezón. Cerró el periódico y lo metió en su bolso, luego apoyó la barbilla en su palma y miró por la ventanilla durante todo el resto del viaje.

Cleo era arquitecta ejecutiva jefe en la nueva plantación de la Food Systems, Inc. que se estaba desarrollando en Hartman. Como tal, estaba a cargo de tres arquitectos auxiliares, cinco jefes de construcción, y un ejército de diseñadores y trabajadores. Era un gran proyecto, el más grande que Cleo hubiera manejado nunca.

Le gustaba su trabajo, pero la mejor parte siempre había sido estar allí en el lugar cuando ocurrían las cosas, supervisando sobre la marcha la construcción en vez de sentarse detrás de un escritorio. Eso había resultado difícil en los últimos meses del embarazo de Feather, pero al menos había traído de presión premamá. Ahora aún era más difícil.

Había pasado ya por todo aquello antes, con Lilli y Paul. Todo el mundo trabaja. Ésa había sido la regla durante un siglo, desde la Invasión. No se podía perder tiempo de trabajo cuidando niños, de modo que tener hijos significaba que la madre o el padre tenían que seguir haciendo el mismo trabajo que hacían antes y cuidando al mismo tiempo del hijo. En la práctica, normalmente era la madre, puesto que era ella quien tenía la leche.

Cleo había intentado dejar a Feather con una de las mujeres de la oficina, pero todas tenían su propio trabajo que hacer, y no sin razón creían que era Cleo quien debía cargar con el peso de su propia descendencia. Y Feather nunca parecía responder bien a otra persona. Cleo regresaba de su visita al lugar de construcción para descubrir que la niña había estado llorando todo el tiempo, alterando el trabajo de todos. Algunas veces se había llevado a Feather consigo en el oruga, pero no era lo mismo.

Esta mañana estaba ocupada por una reunión. Cleo y los demás jefes de sección se sentaron en torno a la gran mesa durante tres horas, discutiendo formas de luchar con los aumentos de costes, luego hicieron una pausa para comer, sólo para volver al problema por la tarde. A Cleo

le dolía la espalda y tenía un dolor de cabeza que no podía quitarse de encima, así que Feather eligió aquel día para ponerse pesada. Después de diez minutos de miradas progresivamente hostiles, Cleo tuvo que retirarse a un cubículo con Leah Farnham, la contable, y su hijo de tres años Eddie. Las dos siguieron la reunión a través de auriculares, mientras intentaban ocuparse de sus hijos y hacían sus observaciones por laringófono. La mitad de las personas en la mesa de la conferencia tenían que volverse cuando ella hablaba o ignorarla, y Cleo dudaba de obligarles a esa elección. Como resultado, estudió sus observaciones con sumo cuidado. La mayor parte de las veces no dijo nada.

Había algo en el núcleo del mundo de los negocios que rechazaba admitir a los hijos en las salas de reuniones, mientras parecía hacer todos los esfuerzos posibles por acomodarse a las madres trabajadoras. Cleo meditó sobre ello, no por primera vez.

¿Pero qué era lo que deseaba? Honestamente, no podía ver qué otra cosa podía hacer. Realmente, no era justo alterar toda la reunión con el llanto de un niño. Hubiera deseado conocer la respuesta. Aquellos de ahí afuera eran amigos suyos; sin embargo, su sentimiento de alienación era intenso mientras miraba a través de la pared de cristal que Eddie estaba ensuciando con sus embarrados dedos.

Afortunadamente, Feather fue un perfecto ángel en el camino de regreso a casa. Balbuceó y sonrió con su boquita sin dientes a la mujer que se detuvo para admirarla, y Cleo sintió cariño hacia la niña por primera vez aquel día. Pasó todo el viaje jugando con ella, rodeada por las aprobadoras sonrisas de los demás pasajeros.

Jules, he leído un artículo de lo más interesante en el periódico de la mañana. —Bien, ya estaba dicho. Había decidido que lo mejor sería un enfoque directo.

—¿Hum?

—Era respecto al cambio. Se está haciendo cada vez más popular.

—¿De veras? —No alzó la vista de su libro.

Jules y Cleo habían adoptado la costumbre de sentarse en la cama durante unas horas después de que los niños se habían dormido. Despreciaban los programas de vídeo diseñados para adormecer a los trabajadores después de un duro día de labor, y preferían utilizar el tiempo para leer un poco o para hablar, si alguno de los dos tenía algo que decir. En los últimos años habían ido leyendo cada vez más y hablando cada vez menos.

Cleo se inclinó por encima de la cuna de Feather y tomó un paquete de porros. Rascó con la uña de su pulgar el extremo de uno para encenderlo, dio una chupada y exhaló una nube de humo lavanda. Encogió las piernas debajo de su cuerpo y se reclinó contra la pared.

—Sólo pensé que podíamos hablar de ello. Eso es todo.

Jules dejó su libro a un lado.

—De acuerdo. ¿Pero de qué hay que hablar? No estamos en eso.

Ella se encogió de hombros y tiró de una cutícula.

—Lo sé. Hablamos de ello, hace mucho tiempo. Sólo me preguntaba si tu opinión seguía siendo la misma. Supongo que sí. —Le ofreció el porro, y él dio una chupada.

—Por todo lo que sé, sí —dijo de forma intrascendente—. No es nada a lo que haya dedicado mucha atención. ¿Qué ocurre? —La miró suspicazmente—. No estarás pensando nada en esa dirección, ¿verdad?

—Bueno, no, no exactamente. No. Pero creo que tendrías que leer el artículo. Cada vez lo está haciendo más gente. Pensé que teníamos que saberlo.

—Sí. He oído hablar de ello —admitió Jules. Unió las manos detrás de su cabeza—. No hay forma de decirlo a menos que hayas trabajado con ellos y de pronto un día se te presenten con un nuevo... equipo. —Se echó a reír—. La primera vez me costó acostumbrarme. Ahora ya ni siquiera pienso en ello.

—Yo tampoco.

—No ocasionan ningún problema —dijo Jules con aire de finalidad—. Vive y deja vivir.
—Sí. —Cleo fumó en silencio durante un rato y dejó que Jules volviera a su lectura, pero seguía sintiéndose incómoda—. ¿Jules?
—¿Qué ocurre ahora?
—¿No has pensado nunca en cómo debe ser?
Él suspiró y cerró el libro, luego se volvió hacia ella.
—Esta noche no te comprendo —dijo.
—Bueno, quizá yo tampoco, pero podríamos hablar...
—Escucha. ¿Has pensado en lo que les haría a los chicos? Quiero decir, aunque yo estuviera dispuesto a tomarlo en consideración, cosa que no estoy.
—Hablé con Lilli al respecto. Sólo teóricamente, por supuesto. Dice que tiene dos maestras que han cambiado, y una de sus mejores amigas era un chico. Hay bastantes alumnos de la escuela que han cambiado. Lo considera algo normal.
—Sí, pero ella es mayor. ¿Qué hay con Paul? ¿Qué le haría a su concepto de sí mismo como hombre joven? Te diré una cosa, Cleo: en el fondo sigo pensando que todo este asunto es un poco degradante. Creo que a la larga tendrá efectos perniciosos en los chicos.
—Esto no está de acuerdo con...
—Cleo, Cleo. No empecemos una discusión. Uno: no tengo intención de someterme a ningún cambio, ni ahora ni en el futuro. Dos: si sólo cambia uno de nosotros, seguro que nuestra vida sexual va a convertirse en un infierno, ¿no? Y tres: me gustas demasiado tal como eres ahora.
—Se inclinó hacia ella y empezó a besarla.
Ella estaba algo más que un poco irritada, pero no dijo nada mientras sus besos se hacían más intensos. Aquélla era una manera malditamente efectiva de cortar una discusión Y no pudo seguir sintiéndose irritada: estaba respondiendo pese a sí misma, de una forma fácil y natural.
Fue tan bueno como siempre lo era con Jules. El techo tan familiar, se convirtió una vez más en un relajante vacío que absorbió todos sus pensamientos.
No, no tenía ninguna queja de ser una mujer, ninguna insatisfacción sexual. Pero no era tan simple como eso.

Después, permaneció tendida de lado, con las piernas dobladas y las rodillas juntas. Miró a Jules, que acariciaba ausentemente su pierna con una mano. Tenía los ojos cerrados pero no estaba dormida. Saboreaba el calor que tanto apreciaba después del sexo; la pegajosidad entre sus piernas, reteniendo dentro su semen.

Notó que la cama se movía cuando él cambió de posición
—Lo tuviste, ¿no?
Abrió lo suficiente un ojo para mirarlo.
—Por supuesto que lo tuve. Siempre lo tengo. Ya sabes que nunca se ha planteado ningún problema en ese sentido.
El se relajó en su almohada.
—Lamento..., bueno, haber saltado sobre ti de esa manera
—Fue bueno. Fue agradable.
—Sólo que pensé que tal vez..., bueno, estuvieras fingiendo No estoy seguro de por qué pensé eso.
Ella abrió el otro ojo y palmeó suavemente su mejilla.
—Jules, nunca me he sentido tan protectora hacia tu pobre ego como para fingir. Si alguna vez no me satisfaces, te prometo que serás el segundo en saberlo.
Él se echó a reír, luego se volvió de lado para besarla.
—Buenas noches, querida.
—Buenas noches.
Le quería. Él la quería. Su vida sexual era buena —con la ligera reserva mental de que

siempre parecía iniciarla él—, y ella se sentía feliz con su cuerpo.

Así que, ¿por qué permanecía todavía despierta tres horas más tarde?

Las compras ocuparon unas horas al videófono el sábado por la mañana. Cleo encargó que las cosas que necesitaban para la casa fueran entregadas aquella tarde, luego abandonó la casa para dedicarse a las compras que realmente le gustaban: ir de tienda en tienda, viendo cosas que realmente no necesitaba.

Feather se quedaba con Jules los sábados. Saboreó un tranquilo almuerzo a solas en una mesa en la plaza del parque, luego se dio cuenta de que estaba recorriendo la avenida Brasil, en pleno corazón del distrito médico. Movida por un impulso, penetró en el Salón de la Nueva Herencia Corporal.

Sólo después de haber entrado se admitió a sí misma que había pasado la mayor parte de la mañana preparándose para aquel impulso.

Estuvo a punto de volverse mientras era conducida por un pasillo hasta una sala de consulta, y tuvo que obligarse a son-reírle al apuesto joven que estaba al otro lado del escritorio. Se sentó, dejó sus bolsas en el suelo y cruzó las manos sobre su regazo. El hombre preguntó qué podía hacer por ella.

—En realidad no estoy aquí para decidirme por nada —dijo—. Sólo quería echar un vistazo a los costes, y quizá saber un poco más acerca del proceso en sí del cambio. El hombre asintió comprensivamente y se puso en pie.

—La consulta inicial es completamente gratuita —dijo—. Nos encantará responder a sus preguntas. Por cierto, soy Marión, con una «O» este mes. —Le sonrió y le hizo un gesto de que le siguiera.

Se detuvo frente a un largo espejo vertical montado sobre la pared.

—Sé que a veces resulta difícil dar el primer paso. Resultó difícil para mí, y es mi trabajo. Así que hemos preparado esta demostración que no le va a costar nada, ni en dinero ni en preocupaciones. Es una forma sin ningún peligro de ver un poco cómo son las cosas, pero puede que la sobresalte un poco, así que esté preparada. —Tocó un botón en la pared al lado del espejo, y Cleo vio que sus ropas se desvanecían. Se dio cuenta de que en realidad no era un espejo, sino una pantalla holográfica conectada a un ordenador.

El ordenador introdujo cambios en la imagen. En treinta segundos se halló frente a un hombre desconocido. No había ninguna duda de que el rostro era el suyo, pero era más anguloso, quizás un poco más ancho en su estructura ósea. La piel de la mandíbula del desconocido era un poco más oscura que el resto, como si necesitara un afeitado.

El resto del cuerpo era el que podía esperar, aunque demasiado musculoso para sus gustos. Apenas dirigió una mirada a su pene; de alguna forma aquello no parecía importar demasiado. Pasó más tiempo estudiando el vello de su pecho, los pequeños pezones y las arrugas que aparecieron en sus manos y pies. La imagen imitó cada uno de sus movimientos.

—¿Por qué este alarde? —preguntó a Marión—. Si está intentando venderme esto, ha escogido el enfoque equivocado. Marión apretó algunos botones más. —Yo no escogí esta imagen —explicó—. El ordenador toma lo que ve, y extrapola. Es usted más musculosa que la mayoría de las mujeres. Probablemente hace ejercicio. Esto es lo que una cantidad de entrenamiento comparable hubiera producido con hormonas masculinas para fijar el nitrógeno en los músculos. Pero no estamos ligados a eso.

La imagen perdió como unos ocho kilos de masa, en su mayor parte en los hombros y caderas. Cleo se sintió un poco más cómoda, pero seguía echando en falta la suavidad a la que estaba acostumbrada cuando se miraba al espejo.

Se apartó del falso espejo y volvió a su silla. Marión se sentó al otro lado del escritorio y cruzó las manos sobre la mesa. —Básicamente, lo que hacemos es producir un cuerpo clonado de una de sus propias células. A través de un proceso llamado Sustitución Viral Recombinante

Y, extraemos uno de sus cromosomas X y lo reemplazamos por un Y.

»El clon es forzado a la madurez de la forma habitual, lo cual toma unos seis meses. Después de eso, es sólo una simple operación sin rechazo de trasplante de cerebro. Entrará usted como mujer, y saldrá una hora más tarde como hombre. Tan sencillo como eso.

Cleo no dijo nada, preguntándose de nuevo qué estaba haciendo allí.

—A partir de esa base podemos modificar el cuerpo. Podemos hacerla más alta o más baja, cambiar su rostro, virtualmente cualquier cosa que usted nos pida. —Alzó las cejas, luego sonrió desconsolado y abrió las manos—. De acuerdo, señora King —dijo—. No estoy intentando presionarla. Necesitará tiempo para pensar en ello. Mientras tanto, hay un proceso que le costará muy poco, y puede que sea precisamente lo que le permita probarlo. ¿Estoy en lo cierto pensando que su esposo se opone a ello?

Ella asintió, y él expresó su simpatía.

—No es raro, no es en absoluto raro —le aseguró—. A veces ocasiona temores de castración en hombres que jamás sospecharían que los tienen. Por supuesto, no hacemos nada de eso. Su cuerpo masculino será conservado en un tanque, listo para que vuelva a él en cualquier momento que lo desee.

Cleo se agitó en su silla.

—¿Cuál es el proceso que dice?

—Sólo un poco de cirugía menor. Puede hacerse en diez minutos, y corregirse en el mismo tiempo antes incluso de que usted abandone este lugar si considera que no le gusta. Es una buena forma de hacer que los esposos empiecen a pensar en el cambio; una especie de señal que puede usted enviarle. Ya habrá oído hablar de la apariencia andrógina. Está en todas las cintas de moda. Muchas mujeres, especialmente si tienen los pechos grandes como usted, lo encuentran un cambio interesante.

—¿Dice usted que es barato? ¿Y reversible?

—Todos nuestros procesos son reversibles. Cambiar el tamaño o la forma de los pechos es nuestra operación más habitual.

Cleo se sentó en la camilla de exámenes mientras una ayudante le efectuaba un rápido reconocimiento físico.

No sé si Marión se dio cuenta de que es usted una madre lactante —dijo la mujer—. ¿Está segura de que es esto lo que quiere?

¿Y cómo demonios voy a saberlo?, pensó Cleo. Deseaba que la sensación de confusión e inseguridad pasara.

—Simplemente hágalo.

A Jules no le gustó en absoluto.

No gritó ni dio portazos ni fue violentamente de un lado para otro de la casa; aquél no había sido nunca su estilo. Expresó sus objeciones fría y tranquilamente en la mesa, durante la cena, tras no haber dicho prácticamente nada desde que ella entró por la puerta.

—Simplemente me gustaría saber por qué pensaste que debías hacer esto sin ni siquiera hablarme antes de ello. No te exijo que me lo pidieras, simplemente que lo comentaras conmigo.

Cleo se sintió miserable, pero estaba decidida a no permitir que él se diera cuenta de ello. Sujetó a Feather en un brazo, el biberón en la otra mano, e ignoró la comida que se enfriaba en su plato. Tenía hambre, pero al menos no tenía que comer por dos.

—Jules, lo discuto contigo antes de que cambiemos los muebles de sitio: el apartamento es de los dos. Lo discuto contigo antes de cambiar a Lilli o Paul de escuela: compartimos la responsabilidad de su educación. Pero no lo discuto contigo cuando cambio de lápiz de labios o me corto el pelo. Es mi cuerpo.

—A mí me gusta, mamá —dijo Lilli—. Te pareces a mí. Cleo le dedicó una sonrisa, alargó un

brazo y le revolvió el pelo.

—¿Qué es lo que te gusta? —preguntó Paul, con la boca llena de comida.

—¿Lo ves? —dijo Cleo—. No es tan importante.

—No veo cómo puedes decir eso. Y he dicho que no tenías que pedírmelo. Sólo que hubiera debido..., hubiera debido..., hubiera debido saberlo.

—Fue un impulso, Jules.

—Un impulso. Un impulso. —Por primera vez alzó la voz, y Cleo se dio cuenta de lo trastornado que estaba realmente. Lilli y Paul guardaron silencio, e incluso Feather se agitó en su brazo.

Pero a Cleo le gustaba. Oh, no para siempre: era un cambio interesante. Le proporcionaba una sensación de libertad, de tener un control sobre su cuerpo, de ser capaz de decidir lo grandes que quería que fuesen sus pechos. ¿Tenía algo que ver aquello con el cambio? Realmente, no lo creía. No se sentía menos mujer que antes, en absoluto.

¿Y qué era un pecho, después de todo? No era más que un pezón que asomaba de la caja torácica al extremo de una masa más o menos grande de grasa y glándulas mamarias. Cleo se dio cuenta de que Jules estaba sufriendo el síndrome del mucho-es-mejor, pensando en la acción de Cleo como en una extirpación de pechos, como si éstos tuvieran que ser grandes para existir. Lo que en realidad había hecho había sido reducir su tamaño.

No se dijo nada más durante la mesa, pero Cleo supo que era por los niños. Tan pronto como se fueron a la cama, pudo sentir la tensión de nuevo.

—No puedo comprender por qué lo hiciste ahora. ¿Qué hay de Feather?

—¿Qué pasa con ella?

—Bueno, ¿esperas que le dé yo el pecho?

Finalmente Cleo se irritó.

—Maldita sea, eso es exactamente lo que espero que hagas. No me digas que no sabes de qué estoy hablando. ¿Crees que todo es diversión y juego, tener que cargar con un bebé por todas partes durante todo el día porque necesita la leche de tus pechos?

—Nunca te quejaste antes.

—Yo... —Se detuvo. Tenía razón, por supuesto. Sorprendió incluso a Cleo que aquello hubiera surgido de una forma tan repentina, pero allí estaba, y tenía que enfrentarse a ello. Tenían que enfrentarse a ello—. Bueno, tampoco es una cosa tan horrible. Es estupendo alimentar a otro ser humano de tu pecho. Disfruté de cada minuto de ello con Lilli. A veces era un auténtico quebradero de cabeza tenerla allí todo el tiempo, pero valía la pena. Lo mismo que con Paul. —Suspiró—. Lo mismo que con Feather también, la mayor parte de las veces. Apenas piensas en ello.

—Entonces, ¿por qué te rebelas ahora? ¿Sin ningún preaviso?

—No es ninguna rebelión, cariño. ¿Así es como lo ves tú? Yo sólo..., me gustaría que lo probaras. Hazte cargo de Feather por unos cuantos meses. Llévatela al trabajo como hago yo. Entonces..., entonces verás un poco por lo que yo he pasado. —Se volvió de lado y pellizcó juguetonamente su brazo, intentando animarle de alguna manera—. Puede que incluso te guste. La sensación es realmente buena.

Jules bufó.

—Me sentiría estúpido.

Ella saltó de la cama y caminó hacia la sala de estar, luego volvió, más furiosa que nunca.

—¿Estúpido? ¿Darle el pecho a un bebé es estúpido? ¿Los pechos son estúpidos? ¿Entonces por qué demonios te sorprendes de que haya hecho lo que he hecho?

—Ser un hombre es lo que lo hace estúpido —respondió él—. No parece correcto. Casi me río cada vez que veo a un hombre con pechos. He oído decir que las hormonas embarullan todo tu sistema, y...

—¡Eso no es cierto! Ya no. Puedes perfectamente...

—...y además es mi cuerpo, como tú señalaste. Haré con él lo que me plazca.

Ella se sentó en el borde de la cama, de espaldas a él. Jules adelantó una mano y la acarició, pero ella se apartó.

—De acuerdo —dijo Cleo—. Sólo lo estaba sugiriendo. Pensé que tal vez te gustaría probar. Yo no voy a alimentarla. A partir de ahora tomará el biberón.

—Si ésa es la forma en que ha de hacerlo...

—Lo es. Quiero que empieces a llevarte a Feather al trabajo contigo. Puesto que va a convertirse en un bebé de biberón, no importa cuál de los dos cuide de ella. Creo que me debes esto, puesto que yo cargué con todo el peso con Lilli y Paul.

—De acuerdo.

Ella se metió en la cama y se subió apretadamente las sábanas en torno a su cuerpo, de espaldas a él. No quería que él viera lo cerca que estaba de las lágrimas.

Pero la sensación pasó. La tensión huyó de ella, y se sintió bien. Pensó que había conseguido una victoria, y el coste había valido la pena. Jules no estaría mucho tiempo furiosa con ella.

Se durmió fácilmente, pero se despertó varias veces durante la noche mientras Jules se agitaba y daba vueltas en la cama.

Jules se adaptó a ello. Le resultó imposible admitirlo al principio, pero al cabo de una semana sin hacer el amor reconoció a regañadientes que su aspecto era estupendo. Empezó a acariciarla por las mañanas y cuando se besaban después de llegar a casa del trabajo. Jules siempre había admirado su suave musculatura, los brazos y piernas de atleta. El plano pecho parecía tan natural en ella, encajaba de una forma tan armoniosa con el resto de su cuerpo que empezó a preguntarse por qué había venido toda aquella discusión.

Una noche, mientras estaban lavando los platos de la cena, Jules tocó sus pezones por primera vez en una semana. Le preguntó si los notaba distintos.

—Se siente muy poco en ninguna parte del pecho excepto en los pezones —señaló ella—, no importa lo grandes que los tenga una mujer. Tú lo sabes.

—Sí, supongo que sí.

Ella sabía que aquella noche iban a hacer el amor, y decidió que fuera bajo sus condiciones.

Pasó largo rato en el cuarto de baño, dejando que él se aposentara con su libro, luego salió y se lo quitó. Se puso encima de él y se apretó contra su cuerpo, besándole y jugueteando con los dedos con sus pequeños pezones.

Estaba agresiva e insistente. Al principio él pareció reluctante, pero pronto empezó a responder mientras ella apretaba fuertemente sus labios contra los de él, forzando su cabeza hacia atrás sobre la almohada.

—Te quiero —dijo él, y alzó la cabeza para darle un beso en la nariz—. ¿Estás preparada?

—Estoy preparada.

Él la rodeó con sus brazos y la apretó fuertemente contra sí, luego hizo rodar su cuerpo y gravitó sobre ella.

—Jules. Jules. Para. —Se echó a un lado, las piernas firmemente apretadas una contra otra.

—¿Qué ocurre?

—Esta noche quiero estar arriba.

—Oh. De acuerdo. —Se dio de nuevo la vuelta y se reclinó pasivamente mientras ella volvía a situarse. Su corazón latía aceleradamente. No había habido ninguna razón para pensar que él pudiera poner objeciones..., habían hecho el amor en todas las posiciones posibles, pero básicamente las exóticas eran un cambio de ritmo ocasional a la «natural», con ella debajo, sobre su espalda. Esta noche deseaba sentirse al control.

—Abre y alza las piernas, querido —dijo con una sonrisa. Él lo hizo, pero no le devolvió la sonrisa. Ella se alzó sobre sus manos y rodillas y se preparó para la complicada inserción.

—Cleo.

—¿Qué ocurre? Esto necesitará un poco de esfuerzo, pero creo que podemos hacer que valga

la pena, así que...

—Cleo, ¿cuál demonios es la finalidad de todo esto?

Ella se detuvo en seco y dejó que su cabeza colgara entre sus hombros.

—¿Qué ocurre? ¿Te sientes estúpido con los pies en el aire?

—Quizá. ¿Es eso lo que deseabas?

—Jules, humillarte sería la última cosa que se me ocurriría.

—Entonces, ¿qué es lo que tienes en tu cabeza? Nunca antes hemos hecho nada parecido.

Es...

—Sólo cuando tú eliges cómo hacerlo. Siempre es tu decisión.

—No es degradante estar debajo.

—Entonces, ¿por qué te sientes estúpido?

El no respondió, y ella se alzó y se apartó lentamente de él, echándose hacia atrás y sentándose sobre sus talones. Aguardó, pero él no parecía dispuesto a hablar de ello.

—Yo nunca me he quejado por la posición —aventuró ella—. No tengo ninguna queja al respecto. Funciona bien. —Él siguió sin decir nada—. De acuerdo. Quería ver cómo eran las cosas desde aquí arriba. Estaba cansada de mirar al techo. Sentía curiosidad.

—Y es por eso por lo que yo me he sentido estúpido. Nunca me ha importado antes que te pusieras arriba, ¿verdad? Pero antes..., bien, nunca ha sido en el contexto de las dos últimas semanas. Sé lo que tienes en tu cabeza.

—Y te sientes amenazado por ello. Por el hecho de que siento curiosidad hacia el cambio, de que deseo saber cómo es estar al cargo. Sabes que no puedo, y no lo haría aunque pudiera, forzarte a someterte a un cambio.

—Pero tu curiosidad está hundiendo nuestro matrimonio.

Sintió de nuevo deseos de llorar, pero no se permitió mostrarlo excepto por un ligero temblor en su labio interior. No deseaba que él intentara calmarla; era muy probable que aquello funcionara, y al cabo de poco se descubriría tendida de espaldas, con las piernas en el aire. Bajó la vista a la cama y asintió lentamente, luego se puso en pie. Fue al espejo y tomó el cepillo, empezó a pasárselo por el pelo.

—¿Qué estás haciendo ahora? ¿Podemos hablar sobre esto?

—No siento muchos deseos de hablar en estos momentos. —Se inclinó hacia delante y examinó su rostro mientras se cepillaba el pelo, luego se dio unos toques con un tisú en las comisuras de los ojos—. Voy a salir. Todavía siento curiosidad.

El no dijo nada mientras ella se dirigía hacia la puerta.

—Puede que vuelva tarde.

El lugar se llamaba Oophyte. La «O» mayúscula tenía un signo más colgando de su parte inferior, y una flecha en su lado superior derecho. El cartel estaba hecho de modo que los signos giraban; en un momento determinado el más estaba en la parte de dentro y la flecha en la parte de fuera, al momento siguiente a la inversa.

Cleo se movía en una agradable bruma a través de la atestada pista de baile, deteniéndose de tanto en tanto para dar una chupada a su porro. El aire de la sala estaba lleno con un denso humo lavanda, iluminado por destellantes luces azules. Bailaba cuando le apetecía. La música era tan fuerte que no tenía que pensar en ella; el ruido se aferraba a sus huesos, animaba sus brazos y piernas. Se deslizó por entre un bosque de pieles desnudas, sintiendo el áspero roce ocasional de un vestido de papel y, raras veces, tela de algodón. Era como moverse debajo del agua, como flotar en melaza.

Lo vio al otro lado de la pista, y empezó a avanzar en su dirección. Él no se dio cuenta de su presencia por un tiempo, pese a que ella bailaba delante suyo. Algunos estaban celebrando la vida, otros se exhibían, pero todos estaban buscando pareja, así que finalmente se dio cuenta de que llevaba allí un tiempo inusualmente largo. Lo más seguro era que él estuviera

tan cargado como ella.

Le dijo lo que deseaba.

—Seguro. ¿Dónde quieres ir? ¿A tu casa?

Lo llevó a la parte de atrás del salón y tocó con su brazalete de crédito la cerradura de una de las puertas. La habitación era sencilla pero limpia.

Él se parecía extraordinariamente al fantasma de ella en el espejo, observó con una parte de su mente. Probablemente por eso lo había elegido. Lo abrazó e hizo que se echara suavemente sobre la cama.

—¿Quieres que intercambiamos nombres? —preguntó él. La sonrisa en su rostro hacía que se sintiera cada vez más estúpida mientras jugueteaba con él.

—No me importa. En realidad creo que lo que deseo es utilizarte.

—Utilízame. Me llamo Saffron.

—Yo soy Cleopatra. ¿Quieres tenderte de espaldas, por favor?

Lo hizo, y lo hicieron. Hacía calor en la pequeña habitación, pero a ninguno de los dos les importó. Fue un saludable ejercicio, las sensaciones físicas fueron estupendas, y cuando Cleo hubo terminado se dio cuenta de que no había aprendido nada. Se dejó caer encima de él. Él no pareció sorprendido cuando las lágrimas empezaron a caer sobre su hombro.

—Lo siento —dijo ella, sentándose en la cama y preparándose para marcharse.

—No te vayas —dijo él, apoyando una mano en su hombro—. Ahora que lo has sacado todo de tu sistema, quizá podamos hacer el amor.

Ella no deseaba sonreír, pero tuvo que hacerlo; luego se echó a llorar más fuerte, hundiendo su rostro en el pecho de él y sintiendo el calor de sus brazos a su alrededor y su pelo haciéndole cosquillas en la nariz. Se dio cuenta de lo que estaba haciendo, e intentó apartarse.

—Por el amor de Dios, no te sientas avergonzada de necesitar a alguien sobre quien llorar.

—Es una debilidad. Yo..., yo no quiero ser débil.

—Todos somos débiles.

Ella cedió finalmente y permaneció acurrucada allí hasta que cesaron las lágrimas. Se sonó, se secó la nariz y le miró.

—¿A qué se parece? ¿Puedes decírmelo? —Estuvo a punto de explicar lo que quería decir con aquello, pero él pareció comprender.

—Es como... nada especial.

—Tú naciste mujer, ¿verdad? Quiero decir, pensé que era capaz de descubrirlo.

—Ya no importa cómo nació. He sido ambas cosas. Todavía lo sigo siendo, por dentro. ¿Lo entiendes?

—No estoy muy segura.

Permanecieron en silencio durante largo rato. Cleo pensó en un millar de cosas que decir, preguntas que hacer, pero no pudo abrir los labios.

—Estás buscando tomar una decisión, ¿verdad? —dijo él al fin—. ¿Te has acercado un poco más después de esta noche?

—No estoy segura.

—Eso no va a resolver ningún problema, ¿sabes? Incluso puede crear algunos.

Ella se apartó de él y se puso en pie. Agitó el pelo y deseó un peine.

—Gracias, Cleopatra —dijo él.

—Oh. Hum, gracias... —Había olvidado su nombre. Sonrió de nuevo para cubrir su azaramiento, y cerró la puerta a sus espaldas.

¿Diga?

—Sí. Aquí Cleopatra King. Tuve una consulta con alguien de su personal. Creo que fue hace diez días.

—Sí, señora King. Tengo su ficha. ¿Qué puedo hacer por usted?

Inspiró profundamente.

—Quiero que empiecen el clon. Dejé una muestra de tejido.

—Muy bien, señora King. ¿Dejó ya algunas instrucciones relativas al donante de los cromosomas?

—¿Necesitan ustedes su consentimiento?

—No siempre que haya alguna muestra en el banco.

—Entonces utilicen el de mi esposo, Jules La Rhin. Número de la seguridad social 4454390.

—Muy bien. Estaremos en contacto con usted.

Cleo colgó el teléfono y apoyó su frente contra el frío metal. Se dio cuenta de que nunca hubiera debido cargarse tanto. ¿Qué era lo que había hecho?

Pero no era definitivo. Pasarían seis meses antes de que tuviera que decidir si quería llegar a usar alguna vez el clon. Maldito Jules. ¿Por qué tenía que armar tanto revuelo con aquello?

Jules no armó ningún revuelo cuando le dijo lo que había hecho. Se lo tomó con calma y tranquilidad, como si hubiera estado esperándolo.

—Sabes que no voy a seguirte en esto.

—Sé que sientes de ese modo. Estoy interesada por ver si cambias de opinión.

—No cuentes con ello. Quiero ver si tú cambias la tuya.

—Todavía no he decidido nada. Pero estoy planteándome la opción.

—Todo lo que quiero que pienses es en las consecuencias que esto puede tener en nuestra relación. Te quiero, Cleo. No creo que vaya a cambiar nunca. Pero si tú entras en esta casa como un hombre, no creo que sea capaz de verte como la persona a la que he amado siempre.

—Podrías si tú fueras una mujer.

—Pero no voy a serlo.

—Y yo seré la misma persona que siempre he sido. —¿Pero lo sería? ¿Qué demonios estaba mal? ¿Qué le había hecho nunca Jules para merecer aquello? Decidió no someterse nunca a aquello, y aquella noche hicieron el amor, y fue muy, muy bueno.

Pero de alguna forma nunca se decidió a llamar al vivario y decirles que abortaran el clon. Tomó la decisión de no someterse a ello una docena de veces a lo largo de los siguientes seis meses, y ninguna de ellas hizo destruir el clon.

Sus relaciones en la cama empezaron a ser difíciles a medida que pasaba el tiempo. Al principio todo fue bien. Jules no puso objeciones cuando ella iniciaba el sexo, y estaba dispuesto a hacerlo de cualquier manera que ella prefiriera. Una vez conseguido eso, a ella ya no le importó estar encima o debajo.

Lo importante había sido tener la opción de hacer el amor cuando ella lo deseaba y de la forma que lo deseaba.

—De lo que se trata —le dijo una noche, en un momento de claridad, cuando todo parecía tener sentido excepto la negativa de él de ver las cosas desde su lado— es de la opción que deseo. No me siento infeliz siendo mujer. Pero no me gusta la sensación de que hay algo que no puedo ser. Quiero saber cuánto de mí son hormonas, cuánto es genética, cuánto es educación. Quiero saber si me siento más segura siendo agresiva como un hombre, porque no lo soy la mayor parte del tiempo, como mujer. ¿O sentís los hombres las mismas inseguridades que siento yo? ¿Se sentiría Cleo el hombre libre de echarse a llorar? No conozco ninguna de estas cosas.

—Pero tú misma lo dijiste. Seguirás siendo la misma persona.

Empezaron a alejarse en pequeñas cosas. Unas pocas semanas después de salir al Oophyte regresó a casa un sábado por la tarde para hallarlo a él en la cama con una mujer. No era propio de él hacer algo así; su costumbre había sido traer amantes a casa y presentárselas, mantenerlas de una forma amistosa y abierta. Cleo se sintió regocijada, porque vio que aquella era su forma de devolverle su salida al bar de contactos.

Así que se convirtió en la perfecta anfitriona, uniéndose a ellos en la cama, lo cual pareció desconcertar a Jules. El nombre de la mujer era Harriet, y Cleo descubrió que le caía bien. Era una cambiada..., algo que Jules no había sabido, a menos que la hubiera escogido precisamente para hacer que Cleo se sintiera mal. Harriet se mostró incómoda cuando se dio cuenta de por qué estaba allí. Cleo consiguió tranquilizarla haciendo el amor con ella, algo que sorprendió un poco a Cleo y considerablemente a Jules, puesto que nunca antes había hecho nada semejante.

Cleo disfrutó con ello; descubrió que el suave cuerpo de Harriet era un mundo completamente nuevo. Y tuvo la sensación de que le había devuelto limpiamente la pelota a Jules, haciendo que se enfrentara una vez más con la idea de su esposa en el papel de hombre.

La peor parte eran los niños. Habían discutido el posible cambio con Lilli y Paul.

Lilli no podía comprender el porqué de todo aquel revuelo; era algo que formaba parte de su vida, algo que estaba a todo su alrededor y que daba por sentado como algo que ella misma podría hacer cuando fuera lo suficientemente mayor. Pero cuando empezó a darse cuenta de la preocupación de su padre, se decantó sutilmente a favor de su madre. Cleo se sintió tremendamente aliviada. No creía que hubiera podido seguir adelante si hubiera tenido que enfrentarse al desagrado de Lilli. Lilli era su primogénita, y aunque odiaba admitirlo y hacía todo lo posible por eludir los favoritismos, era su preferida. Había tomado todo un año de excedencia de su trabajo, con un prejuicio enorme para el presupuesto de la casa, para poder dedicarse todo el tiempo a su hija pequeña. A menudo deseaba poder volver de algún modo a aquellos días más sencillos, cuando la maternidad se había convertido en toda su vida.

Feather, por supuesto, no fue consultada. Jules había asumido la responsabilidad de su alimentación sin quejarse, y parecía estar disfrutando con ello. Era estupendo para Cleo, aunque la ponía furiosa el que se mostrara tan bien dispuesto a hacerse cargo del papel de madre sin decidirse a hacerlo como mujer. Cleo quería a Feather tanto como a los otros dos, pero a veces tenía problemas en recordar por qué habían decidido tenerla. Tenía la sensación de que había arrojado el impulso procreador fuera de su sistema con Paul, y sin embargo allí estaba Feather.

Paul era el problema.

Las cosas podían ponerse tensas cuando Paul expresaba sus dudas acerca de cómo iba a sentirse si su madre se convertía en hombre. El rostro de Jules se oscurecía y podía no hablar durante días. Cuando lo hacía, a menudo en mitad de la noche, cuando ninguno de los dos podía dormir, sus palabras se convertían en una explosión verbal que eran lo más cercano a la violencia que ella nunca le había visto.

La asustaba, porque ya no estaba tan segura de sí misma en lo que se refería a Paul. ¿Iba a hacerle daño? Jules hablaba de crisis generacionales de identidad, de la necesidad de roles estables a los que acudir como modelos, y finalmente, con desnuda honestidad, al miedo de que su hijo creciera para convertirse en algo menos que un hombre.

Cleo no lo sabía, pero muchas noches lloraba antes de quedarse dormida. Había leído artículos sobre el tema, y descubierto que los psicólogos estaban divididos. Los tradicionalistas daban mucha importancia a los roles sexuales, mientras que los partidarios del cambio tenían la opinión de que los roles sexuales eran importantes solamente para aquellos que se veían atrapados en ellos; con el rompimiento de la barrera sexual, el concepto de roles desaparecía.

Finalmente llegó el día en que el clon estuvo listo. Cleo aún seguía sin saber lo que debía hacer.

—¿Se siente cómodo ahora? Sólo mueva la cabeza si no puede hablar.

—¿Qué...?

—Relájese. Todo ha terminado. Podrá andar dentro de unos minutos. Haremos que alguien lo lleve a casa. Puede que se sienta como borracho por un tiempo, pero no hay ningún tipo de

droga en su sistema.

—¿Qué... ocurre?

—Todo ha terminado. Simplemente relájese.

Cleo lo hizo, adoptando una posición fetal. Finalmente empezó a reír.

Borracho no era la palabra adecuada. Estaba tendido de espaldas en la cama, abierto de piernas y brazos, intentando evaluar tamaños. Todo era tan curioso. Estaba tendido de espaldas, abierto de piernas y brazos. Se rió y rodó primero hacia un lado, luego hacia el otro, y cayó al suelo, presa de un ataque de histerismo.

Alzó la cabeza.

—¿Eres tú, Jules?

—Sí, soy yo. —Ayudó a Cleo a volver a subirse a la cama, luego se sentó en el borde, no demasiado cerca, pero no inalcanzablemente lejos—. ¿Cómo te sientes?

Bufó.

—Borracho como una cuba. —Entrecerró los ojos, se esforzó en enfocarlos en Jules—. Ahora debes llamarme Leo. Cleo es un nombre de mujer. No tenías que haberme llamado Cleo.

—De acuerdo, pero no te llamé Cleo.

—¿No lo hiciste? ¿Estás seguro?

—Estoy completamente seguro de que es algo que no te hubiera llamado.

—Oh. Está bien. —Alzó la cabeza y pareció confuso por unos momentos—. ¿Sabes una cosa? Estoy terriblemente enfermo.

Leo se sintió mucho mejor una hora más tarde. Se sentó en la sala de estar con Jules, los dos en los enormes almohadones que eran el único mobiliario.

Hablaron de asuntos intrascendentes durante un tiempo, puntuados por largos silencios. Leo no estaba más acostumbrado que Jules al sonido de su nueva voz.

—Bien —dijo finalmente Jules, palmeando sus rodillas con las manos y poniéndose en pie—, no sé realmente cuáles son tus planes a partir de ahora. ¿Quieres salir esta noche? ¿Encontrar una mujer, ver lo que se siente?

Leo negó con la cabeza.

—Probé eso tan pronto como llegué a casa —dijo—. El orgasmo masculino, quiero decir.

—¿Qué te pareció la experiencia?

Se echó a reír.

—Creo que tú lo sabes muy bien.

—No, quiero decir después de haber sido una mujer.

—Sé lo que quieres decir. —Se encogió de hombros—. La erección es interesante. También mucho más prolongada de lo que estaba acostumbrado. Por lo demás... —Frunció el ceño unos momentos—. Muy parecido. Diferente en algunas cosas. Más localizado. Más chapucero.

—Hum. —Jules apartó la vista, estudiando la chimenea eléctrica como si la viera por primera vez—. ¿Has planeado trasladarte a otro sitio? No es necesario, ya sabes. Podemos cambiar lugares. Yo puedo ir con Paul, o podemos trasladarlo a él conmigo a... nuestro viejo dormitorio. Tú puedes quedarte éste. —Se volvió de espaldas a Leo y se llevó una mano al rostro.

Leo sintió deseos de levantarse y consolarlo, pero sabía que era exactamente lo peor que podía hacer. Dejó que Jules se controlara a sí mismo.

—Si quieres mi opinión, me gustaría seguir durmiendo contigo.

Jules no dijo nada, y no se volvió.

—Jules, soy perfectamente capaz de hacer todo lo que sea necesario para hacerte sentir completamente cómodo. No tiene por qué haber nada de sexo. O me encantaría hacerlo como acostumbraba a hacerlo en los últimos meses de mi embarazo. Tú no tendrías que hacer absolutamente nada.

—Nada de sexo —dijo él.

—Está bien, está bien. Jules, me siento espantosamente cansado. ¿Estás dispuesto a irte a dormir?

Hubo una larga pausa, luego él se volvió y asintió.

Permanecieron tendidos inmóviles, lado a lado, sin tocarse. Las luces estaban apagadas; Leo apenas podía ver la silueta del cuerpo de Jules.

Al cabo de un largo rato, Jules se volvió de costado.

—¿Cleo, estás ahí dentro? ¿Aún me quieres?

—Estoy aquí —dijo ella—. Te quiero. Siempre te querré.

Jules se estremeció cuando Leo le tocó, pero no puso objeción. Empezó a llorar, y Leo lo atrajo hacia sí. Se quedaron dormidos el uno en brazos del otro.

El Oophyte estaba más lleno y ruidoso que nunca. Le produjo a Leo dolor de cabeza.

No le gustaba el lugar más de lo que le gustaba a Cleo, pero era el único que conocía donde hallar rápidamente y con facilidad parejas sexuales, sin lazos emocionales y sin necesidad de un largo proceso de seducción. Todo el mundo allí estaba disponible; todo lo que uno necesitaba hacer era preguntar. Se usaban los unos a los otros para calistenia sexual como un paso más allá de la masturbación, admitían alegremente el hecho, y adoptaban la postura de que si alguien no lo aprobaba, entonces, ¿qué estaba haciendo allí? Había muchos otros lugares para el romance y las relaciones.

Leo normalmente no lo aprobaba..., no para él, aunque no le importaba en absoluto lo que otras personas hicieran para divertirse. Él prefería conocer a la gente con la que se acostaba. Pero esta noche estaba aquí para aprender. Sentía que necesitaba práctica. No aceptaba el argumento de que ya sabía exactamente qué hacer porque había sido una mujer y sabía lo que les gustaba a los hombres. Necesitaba saber cómo reaccionaba la gente a él como hombre.

Las cosas fueron bien. Abordó a tres mujeres, y fue aceptado todas las veces. La primera fue un fracaso —¡asi que eso era lo que querían decir por demasiado pronto!—, y ella se mostró casi indignada hasta que él le explicó su situación. Tras lo cual ella se mostró comprensiva y colaboradora.

Ya iba a marcharse cuando recibió una proposición de una mujer que dijo llamarse Lynx. Estaba cansado, pero decidió ir con ella.

Diez frustrantes minutos más tarde ella se sentó y se apartó de él.

—¿Para qué estás aquí, si ése es todo el interés que puedes mostrar? Y no me digas que es culpa mía.

—Lo siento —dijo él—. Lo olvidé. Creí que podía... Bueno, no me di cuenta de que tenía que estar realmente interesado antes de ponerme en forma.

—¿Ponerte en forma? Es una forma curiosa de decirlo.

—Lo siento. —Le explicó cuál era el problema, cuántas veces había hecho el amor en las últimas dos horas. Ella se sentó en el borde de la cama y se pasó las manos por el pelo, frustrada e irritable.

—Bueno, esto no es el fin del mundo. Hay muchos más hombres ahí fuera. Pero acepta el consejo de una chica. No tenías que haber dicho sí.

—Lo sé. Es culpa mía. Tengo que aprender a juzgar mi capacidad, supongo. Es sólo que estoy tan acostumbrado a ser capaz, aunque no esté particularmente...

Lynx se echó a reír.

—¿Qué estoy oyendo? Escúchame. Cariño, yo acostumbraba a tener el mismo problema. Semanas de que no se me levantara. Y sé que duele.

—Bueno —dijo Leo—, yo también sé lo que estás sintiendo. Y no es divertido.

Lynx se encogió de hombros.

—En otras circunstancias, sí. Pero como he dicho, el bosque está lleno de machos esta noche. No voy a tener ningún problema. —Puso una mano en su mejilla y le envió un beso con los labios—. Hey, supongo que no habré herido tu pobre ego masculino, ¿verdad?

Leo pensó en ello, buscó algún rasguño, no encontró ninguno.

—No.

Ella se echó a reír.

—Lo suponía. Porque no lo tienes. Aprovéchate de ello, Leo. Un ego masculino es algo que tiene que irse desarrollando cuidadosamente, cuando eres joven. La gente tiene que estar señalándote lo que tienes que hacer para ser un hombre, a fin de que puedas reconocer el fracaso cuando no puedes «ponerte en forma». ¿Cómo llegaste a utilizar esta expresión?

—No lo sé. Supongo que simplemente pensé en ella.

—Intentando ser un abre comillas hombre cierra comillas. Leo, no has invertido aún demasiado en ello, a nivel emocional. Y tienes suerte. Yo necesité más de un año para sacudir el mío. No seas un hombre. En vez de ello sé un macho humano. El cambio de engranajes es mucho más sencillo de esa forma.

—No estoy seguro de lo que quieres decir.

Ella palmeó su rodilla.

—Créeme. ¿Acaso me ves trastornada porque no fui lo bastante sexy como para excitarte o alguna mierda parecida? No. No fui educada para preocuparme de esa forma. Pero inviértelo. Si te hubiera hecho a ti lo que tu acabas de hacerme, ¿no sería algo parecido a lo que te ha ocurrido?

—Creo que sí. Aunque siempre he estado muy seguro en esa área.

-Los más seguros de nosotros somos lloriqueantes chiquillos debajo de ello, al menos parte del tiempo. ¿Te das cuenta de que me irrité porque dijiste sí cuando no estabas preparado? ¿Y que fue por eso por todo lo que me irrité? No fue educado Leo. Un macho humano no debería hacerle eso a una hembra humana. Con un hombre y una mujer, es diferente. El pobre tipo tiene montones de basura en la cabeza e igual le ocurre a la mujer, así que no deberían ser responsabilizados. por los trucos que sus egos les juegan.

Leo se echó a reír.

—No sé si tiene sentido nada de lo que dices. Pero me gusta como suena. «Macho humano.» Quizás algún día vea la diferencia.

Algunos de los problemas esperados nunca se desarrollaron Paul apenas notó el cambio. Leo se había preparado para un traumático forcejeo con su hijo, y éste nunca llegó. Si cambio de algún modo la vida de Paul, fue en el hecho de que ahora podía referirse a Leo como su padre materno en vez de como su madre.

Sorprendentemente, fue Lilli quien tuvo más problemas al principio Leo se sintió dolido por ello, intentó no demostrarlo e hizo todo lo posible para que la niña se ajustara gradualmente. Finalmente Lilli vino a él un día, más o menos una semana después del cambio. Dijo que había sido una tonta, y quería saber si ella podía someterse al cambio también, puesto que una de sus mejores amigas iba a hacerlo. Leo le aconsejó seguir siendo mujer hasta después de la pubertad. Le dijo que creía que a ella le gustaría.

Leo y Jules daban vueltas el uno en torno al otro como dos tigres en una jaula, inseguros de si era necesaria una lucha pero dispuestos a empezar a sacar ojos si se presentaba la ocasión. A Leo no le gustó la analogía; si él hubiera seguido siendo una tigresa, se hubiera sentido segura del resultado Pero no deseaba enzarzarse en una lucha por la dominación con Jules.

Compartían un apartamento, una familia y una cama. Eran elaboradamente educados, pero se tocaban el uno al otro sólo muy raramente, y Leo siempre sentía que debía disculparse cuando lo hacía. Jules no le miraba directamente a los ojos; sus miradas se tocarían, luego

rebotarían como dos balas de corcho con idénticas cargas estáticas.

Pero finalmente Jules aceptó a Leo. Era «ese tipo que siempre está alrededor», en la mente de Jules. A Leo no le importaba aquello, pero lo vio como un progreso. Al cabo de unos pocos días Jules empezó a descubrir que le gustaba Leo. Empezaron a compartir cosas, a hablar más. El tema de sus anteriores relaciones se convirtió en tabú por un tiempo. Era como si Jules deseara conocer a Leo desde cero, sin admitir que antes había sido Cleo, que había sido su esposa.

No era tan simple; Leo no iba a dejar que fuera así. A veces Jules sonaba como si estuviera llorando la muerte de una persona amada cuando empezaba a hablar vacilante acerca del dolor que sentía dentro de sí. Era capaz de hablarle libremente a Leo, y lo hacía de una manera ligeramente distinta de la forma como le había hablado a Cleo. Vaciaba su alma. Era sorprendente para Leo que hubiera tantas heridas en ella, tantas defensas e inseguridades. Había una soterrada hostilidad que Jules nunca se había sentido libre para contársela a una mujer.

Leo le dejaba proseguir, pero cuando Jules empezaba una frase con: «Nunca podría decirle esto a Cleo», o: «Ahora ella se ha ido», Leo iba hasta él, tomaba su mano y le obligaba a mirarle.

—Yo soy Cleo —le decía—. Estoy aquí, y te quiero.

Empezaron a hacer cosas juntos. Jules le llevó a lugares donde Cleo no había estado nunca. Fueron a beber juntos y pasaron un rato maravilloso emborrachándose. Antes, siempre había sido cenar con unas cuantas copas o unos porros, luego un espectáculo o un concierto. Ahora podían volver a casa a las dos de la madrugada organizando el suficiente escándalo como para que los metieran en una celda. Jules admitía que no se había divertido tanto desde sus días de universidad.

Los contactos sociales eran un problema. Pocos de sus viejos amigos eran cambiados, y ninguno de los dos deseaba enfrentarse a las complicaciones de ir a una fiesta como pareja. No podían hacer amigos entre los cambiados, porque Jules veía, correctamente, que él sería considerado como un extraño. Así que vieron a un montón de hombres. Leo creía saberlo todo de los amigos íntimos de Jules, pero descubrió que estaba equivocado. Vio un aspecto de Jules que nunca antes había visto: más relajado en muchos sentidos, con algunas de sus reservas desaparecidas, pero con sus otras defensas en su lugar. A veces Leo se sentía como un espía, contemplando un estrato de sociedad que siempre había sabido que estaba allí pero al que nunca había sido capaz de penetrar. Si Cleo hubiera entrado en el grupo su estructura hubiera cambiado sutilmente; ella hubiera creado un nuevo medio con su presencia, como la luz destruyendo el átomo que se suponía debía observar.

Tras aquella salida inicial al Oophyte, Leo permaneció célibe durante largo tiempo. No deseaba el sexo casual; deseaba amar a Jules. Por todo lo que sabía, Jules cumplía abstinencia también.

Pero hallaron una alternativa aceptable con las dobles citas. Durante un tiempo fueron por ahí juntos, saliendo con distintas mujeres con las que se lo pasaban estupendamente sin llegar al sexo, hasta que cada uno se centró en una mujer con la que podía mantener una relación. Jules fue con Diane, una mujer a la que conocía desde hacía muchos años de su trabajo. Leo salió con Harriet.

Los cuatro se lo pasaban en grande juntos. A Leo le encantaba ser un compañero para Jules, pero no iba a permitir que la cosa se quedara simplemente en eso. Le recordó a Jules que podía hacer aquello también con Cleo. Lo que Leo deseaba resaltar era que podía ser un compañero, un compinche, un confidente, no importaba el sexo que tuviera él. Deseaba combinar lo mejor de ser una mujer y de ser un hombre, ser ambas cosas para Jules, llenar todas sus necesidades. Pero le dolía pensar que Jules no fuera lo mismo para él.

Oh, hola, Leo. No esperaba verte hoy.

—¿Puedo entrar, Harriet?

Ella mantuvo la puerta abierta para él.

—¿Puedo ofrecerte algo? Oh, sí, antes de que sigas adelante, ese asunto de «Harriet» ha terminado. Hoy me cambié el nombre. A partir de ahora es Joule. Así, tal como suena.

—De acuerdo, Joule. Nada para mí, gracias. —Se sentó en el sofá.

Leo no se sintió sorprendido por el nuevo nombre. Los cambiados tenían tendencia a pasar de «darse» nombres. Algunos hacían como había hecho Cleo, eligiendo un apelativo del otro género de sonido igual o equivalente. Otros ignoraban las connotaciones de género y seguían usando el que habían usado siempre. Pero muchos terminaban eligiendo un nombre neutro, de acuerdo con sus preferencias personales.

—Jules, Julia —murmuró.

—¿Qué fue eso? —Joule frunció ligeramente el ceño—. ¿Viniste aquí en busca de una madre? ¿Tan mal van las cosas?

Leo se hundió en el sillón y contempló sus dobladas manos.

—No lo sé. Supongo que estoy deprimido. ¿Cuánto tiempo hace ya? ¿Cinco meses? He aprendido mucho, pero no estoy seguro exactamente de qué es exactamente. Siento como si hubiera crecido. Veo el mundo..., bueno, veo las cosas de un modo distinto, sí. Pero sigo siendo básicamente la misma persona.

—¿En el sentido de que sigues siendo la misma persona a los treinta y tres años que eras a los diez?

Leo se agitó.

—Exacto. Sí, he cambiado. Pero no es ningún tipo de inversión. Nada se ha vuelto del revés. Es una expansión. No es un nuevo punto de vista. Es como llenar algo, salir a espacios no usados. Volverse... —Sus manos se agitaron en el aire, luego volvieron a caer sobre sus rodillas—. Es como una realización.

Joule sonrió.

—¿Y te sientes decepcionado? ¿Qué otra cosa puedes pedir?

Leo no deseaba entrar en aquello todavía.

—Escucha esto, y dime si estás de acuerdo. Yo siempre vi hombre y mujer..., sea lo que sea eso, y no sé si los dos existen en realidad aparte de físicamente ni creo que sea importante tampoco... Vi esas cualidades como separadas. Más tarde, pensé en ellas como en hermanos siameses en la cabeza de todo el mundo. Pero los gemelos estaban luchando entre sí, intentando extirpar el uno al otro. Cada uno deseaba derribar al otro, lisiarlo, arrojarlo a una celda y no darle nunca de comer, pero siempre estaban conectados y el derribado siempre haría pagar cara al vencedor su victoria.

»Así que deseé intentar arreglar las cosas entre ellos. Pensé que simplemente los presentaría el uno al otro e intentaría hacer de arbitro, pero se entendieron mucho mejor de lo que esperaba. De hecho, se convirtieron en una sola persona, completa, y descubrieron que podían ser muy felices juntos. Ahora ya no puedo separarlos. ¿Tiene esto algún sentido?

Joule fue a sentarse a su lado.

—Es una buena analogía, en su estilo. Yo siento algo así, pero ya no pienso en ello. Así que, ¿cuál es el problema? Acabas de decirme que ahora te sientes completo.

Leo controló su rostro.

—Sí. Eso es. Y si lo soy, ¿qué le hace eso a Jules? —Se echó a llorar, y Joule le dejó desahogarse, limitándose a sujetar su mano. Pensó que era mejor dejar que se enfrentara a aquello solo, esta vez. Cuando se hubo calmado, empezó a hablar suavemente.

—Leo, Jules es feliz tal como es. Creo que podría ser mucho más feliz, pero no hay ninguna forma en que nosotros podamos mostrárselo sin obligarle a hacer algo que teme mucho. Es posible que lo haga algún día, después de mucho tiempo de acostumbrarse a ello. Y es posible que lo odie y corra gritando de vuelta a su masculinidad. A veces el gemelo lisiado puede ser

rehabilitado.

Suspiró fuertemente, y se levantó para recorrer de uno a otro lado la habitación.

—Va a haber mucho de esto en los próximos años —dijo—. Un montón de corazones rotos. En realidad nosotros no somos muy parecidos a ellos, ya sabes. Nos las arreglamos mejor. No somos ángeles, pero puede que seamos el grupo más civilizado y considerado que jamás haya producido la raza. Hay locos y bastardos entre nosotros, como en los un-solo-sexo, pero creo que tendemos a ser un poco menos estúpidos, y un poco menos crueles. Creo que ello es debido al cambio.

»Y de lo que puedes llegar a darte cuenta es de que eres afortunado. Y también lo es Jules. Podría haber sido mucho peor. Sé de muchos hogares rotos sólo entre mis amigos. Van a haber muchos más antes de que la sociedad haya asimilado esto. Pero tu amor por Jules y el suyo por ti os ha mantenido juntos. Él ha hecho un tremendo ajuste, quizá tan grande como el que hiciste tú. A él le gustas. En cualquiera de los dos sexos. De acuerdo, tú no haces el amor con él como Leo. Puede que jamás lleguéis a alcanzar ese punto.

—Lo hicimos. La otra noche. —Leo se agitó en el sofá—. —Yo..., me volví loco. Le dije que si deseaba ver a Cleo, tenía que aprender a relacionarla conmigo, porque yo soy yo, maldita sea.

—Creo que eso pudo ser un error.

Leo apartó la vista de ella.

—Yo también estoy empezando a pensarlo.

—Pero creo que los dos podéis arreglarlo, si se ha producido algún daño. Habéis pasado por muchas cosas juntos.

—No pretendí forzarle a nada, simplemente me volví loco.

—Y quizá hubieras debido. Tal vez eso hubiera sido lo mejor. Ahora tendrás que esperar y ver.

Leo se secó los ojos y se puso en pie.

—Gracias, Harr..., lo siento, Joule. Me has ayudado. Yo..., esto, puede que ahora no te vea tan a menudo por un tiempo.

—Lo comprendo. Seguiremos siendo amigos, ¿de acuerdo? —Le besó, y él se marchó apresuradamente.

Ella estaba sentada en un almohadón, frente a la puerta, cuando él llegó a casa del trabajo, con las piernas cruzadas y los codos apoyados en sus rodillas y un porro en la mano. Le sonrió.

—Oh —dijo él—, has llegado temprano a casa. ¿Qué ha ocurrido?

—Me quedé en casa a hacer algunas cosas. —Casi se atragantó, intentando no echarse a reír. Él metió su chaqueta en el armario y se dirigió a la cocina. Ella oyó que agitaba algo, luego el sonido de un vaso haciéndose añicos. Salió en tromba de la cocina.

—¡Cleo!

—Querido, tienes un aspecto tan atractivo con la boca colgando.

La cerró, pero aún pareció incapaz de moverse. Ella avanzó hacia él, sintiendo un hormigueo de excitación en sus ingles como el regreso de un viejo amigo. Lo rodeó con sus brazos, y él casi la aplastó. Le encantó que lo hiciera.

Jules se echó ligeramente hacia atrás y recorrió con la mirada su rostro, hasta el último detalle.

—¿Cuánto tiempo piensas permanecer así? —preguntó—. ¿Tienes alguna idea?

—No lo sé. ¿Por qué?

Él sonrió, un poco tímidamente.

—Espero que no te lo tomes a mal. Me siento tan feliz de verte. Quizá no debiera decirlo..., pero no, creo que es mejor. Me gusta Leo. Creo que lo voy a echar en falta, un poco.

Ella asintió.

—No me siento dolida. ¿Cómo podría estarlo? —Se apartó y lo condujo a un almohadón—. Siéntate, Jules. Tenemos que hablar. —Las rodillas de él cedieron bajo su cuerpo y se sentó, alzando expectante la vista—. Leo no se ha ido, y tú no has pensado eso ni siquiera por un minuto. Está aquí. —Se golpeó el pecho y le miró desafiante—. Siempre estará aquí. Nunca se irá.

—Lo siento, Cleo, yo...

—No, no hables todavía. Fue culpa mía, pero no conozco nada mejor. Nunca hubiera debido llamarme Leo. Te daba una salida fácil. No tuviste que enfrentarte a ningún Cleo masculino. Estoy cambiando todo esto. Mi nombre es Nilo. No voy a responder a ningún otro.

—De acuerdo. Es un hermoso nombre.

—Pensé en llamarme Lion. Por Leo el león. Pero decidí ser quien siempre fui, la reina del Nilo, Cleopatra. En recuerdo de los viejos tiempos.

Él no dijo nada, pero sus ojos mostraron apreciación

—Lo que tienes que comprender es que ambos han desaparecido, en un cierto sentido. Nunca volverás a estar con Cleo.

Ahora me parezco a ella. También me parezco por dentro, como un adulto se parece al niño que fue. Tengo una gran cantidad de cosas en común con lo que ella era. Pero no soy ella.

El asintió. Ella se sentó a su lado y tomó su mano.

—Jules, esto no va a ser fácil. Hay cosas que deseo hacer gente a la que quiero conocer. No vamos a poder compartir los mismos amigos. Podemos separarnos por culpa de ello. Voy a tener que luchar contra el resentimiento debido a que tú me estas reteniendo. No vas a permitir que explore tu lado femenino como desearía. Vas a odiarme porque estaré intentando obligarte a algo que crees que es un error para ti. Pero quiero intentarlo y hacer que funcione.

El dejó escapar su aliento.

—Dios, Cl... Nilo. Nunca me he sentido tan asustado en mi vida. Creí que estabas diciendo que ibas a abandonarme.

Ella apretó su mano.

—No sí puedo impedirlo. Quiero que cada uno de nosotros intente aceptar al otro tal como es. Para mí eso incluye ser un hombre cada vez que se sienta la necesidad. Para mí, es lo mismo una cosa que otra, pero se que va a ser duro para ti.

Se abrazaron, y Jules se secó las lágrimas en el hombro de ella, luego la volvió a mirar de nuevo. —Haré todo lo que esté en mi mano, menos...

Ella se llevó un dedo a los labios.

—Lo sé. Te acepto así. Pero seguiré intentando convencerte.

FIN

Titulo Original: Options
Titulo Español: Opciones
Tomado de: Blue Champagne